

## Contra el mercadeo de la política

Diciembre de 1975: fallece Franco. Diciembre de 2015: elecciones generales. Han pasado cuarenta años. Parece que no estamos, simplemente, ante unas elecciones importantes que cierran un cargado año electoral (andaluzas en marzo, municipales y autonómicas en mayo, catalanas en septiembre, generales ahora) sino que, quizá, hay algo más en juego. Se ha hablado en estos meses de cambio, de reforma integral e incluso de ruptura, de proceso constituyente, de reformas constitucionales, de una nueva transición... ¿qué hay de todo ello?

En este comentario editorial queremos ofrecer algunas pistas para entender lo que está en juego, para seguir la campaña electoral y para animar el proceso de deliberación. Utilizamos para ello la imagen de una tienda, porque nos parece que se ha producido una mercantilización de la acción política. Si la imagen clásica e ideal de la democracia era el ágora, la plaza pública de diálogo deliberativo, en nuestros tiempos da la impresión de que vivimos en la plaza del mercado. Incluso parece que el escaparate es más importante de lo que hay en la trastienda; y a ello se adaptan los tenderos. Con esta triple división hablaremos, en las próximas páginas, de los estilos de hacer política y campaña electoral, de los temas abordados (y ocultados), de los actores de la política. Dicho de otro modo, de los cómo, los qué y los quiénes en este periodo electoral.

## El escaparate de la tienda

Vivimos tiempos en los que la política, como tantos otros aspectos de la sociedad y la cultura, parece dominada por el espectáculo. De un tiempo a esta parte, la política se ha convertido en un rehén de la mercadotecnia electoral; los mensajes y las propuestas se elaboran a base de calibrar las encuestas de opinión; los partidos compiten por fichar a estrellas con buena imagen pública; los debates están medidos en tiempos, gestos y palabras; los mítines se llenan de fervorosos convencidos, porque lo importante no es el intercambio de ideas, sino lograr veinte segundos brillantes en las noticias televisadas de máxima audiencia; el eslogan y la foto de campaña resulta mucho más relevante que el programa electoral, que nadie va a leer y en ocasiones ni siquiera resulta accesible. Estamos ante la política como espectáculo, como si lo más importante de la tienda fuese el escaparate y la marca.

Bien mirado, hay en esta afirmación un doble movimiento, uno más estructural y otro más coyuntural. En España, llevábamos unas décadas en las que, pasados los entusiasmos de la transición democrática, el juego político se había ido convirtiendo en un espectáculo aburrido, previsible y alejado de la ciudadanía; en los momentos de mayor crispación y corrupción, un espectáculo lamentable. Pero llegó el 15-M y, tras él, la irrupción de los nuevos partidos políticos; el panorama se ha animado, con más incertidumbre, nuevos actores y más frescura. En estos momentos, podemos percibir más interés en la ciudadanía, debates más animados y nuevas posibilidades, en parte de la mano de la tecnología y las redes sociales. Con todo, no está claro que este fenómeno reciente pueda modificar la tendencia cultural de fondo, que sigue dominada por la apariencia y la superficialidad.

De ninguna manera queremos hacer una descalificación global de la política existente sino, al contrario, invitar a la responsabilidad y reivindicar el valor de la auténtica política como noble servicio a la sociedad. Sabemos que es importante el envoltorio y, también, que "el medio es el mensaje". Reconocemos que en la política hay mucho arte de la negociación y muchas habilidades comunicativas, personales e institucionales. Pero no podemos resignarnos a que la superficialidad y el interés particular dominen toda la realidad

política, menos aún en periodo electoral. Hacemos nuestra la oración del papa Francisco: «¡Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! [...] ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!» (*Evangelii Gaudium*, n. 205). Y es que, en el fondo, podemos detectar demasiada frivolidad en la acción política, pero los temas son muy serios.

### La trastienda

Si pasamos del escaparate a la trastienda, descubriremos bastantes cuestiones muy importantes que necesitan un abordaje serio. Como en cada persona y en cada familia o grupo social, una cosa es la apariencia y otra, en ocasiones muy distinta, las entretelas de la realidad. En la trastienda, podemos repasar el almacén y hacer su inventario; sabemos de qué recursos disponemos, qué soluciones resultan inservibles y cuáles son valiosas; en la trastienda también podemos reflexionar con calma, imaginar soluciones y entablar diálogos constructivos. Pasando ya de la imagen que estamos empleando como hilo conductor a la realidad concreta que queremos iluminar, hemos identificado media docena de asuntos que, más allá de las apariencias, nos parecen relevantes en este momento.

En primer lugar, **la crisis económica y social** que llevamos sufriendo desde hace años y que, desgraciadamente, aún no se ha superado. Quizá ahora se habla menos de ello (por interés, por saturación o por otros motivos), pero es sin duda el hecho más relevante de toda la legislatura y del periodo inmediatamente anterior. Más allá de los análisis explicativos de un fenómeno sin duda complejo, e incluso más allá de la constatación del ingente sufrimiento causado en muchas personas, debemos valorar la gestión de la crisis y las medidas para superarla. El gobierno se ha alineado, con más o menos convicción, con las tesis alemanas para la gestión de la crisis, basadas en la austeridad. Los recortes han sido amplios y generalizados, el paro permanece en niveles

por encima del 20%, la pobreza y la exclusión social se han arraigado cada vez más y la desigualdad ha aumentado. Es cierto que los indicadores económicos comienzan a remontar, de lo cual nos congratulamos. La interpretación, con todo, no es clara: el gobierno afirma que estamos viendo ahora el resultado exitoso de sus medidas, tan necesarias como dolorosas; los más escépticos señalan que no hay relación causal y, por el contrario, subrayan que la política gubernamental ha agudizado las consecuencias de la crisis. En todo esto, el Estado social de bienestar ha quedado muy afectado, incluso amenazado; necesita ser reforzado y recreado, aunque eso signifique imaginar modos diferentes a los que hemos conocido en las décadas anteriores.

Un segundo elemento se refiere a **la corrupción**, un asunto a la vez político, económico, cultural, jurídico y ético, del que nos hemos ocupado con frecuencia en estas páginas. Nos encontramos aquí con la trastienda en el peor de sus sentidos, casi comparable a las cloacas del sistema: informaciones privilegiadas, sobornos, cohecho, prevaricación, financiación irregular, falta de transparencia..., todo un entramado clientelar agudizado por la falta de alternancia en el poder y las mayorías absolutas, por una cierta y difusa connivencia cultural y por un tejido empresarial excesivamente pendiente (y dependiente) del poder político de turno. No basta quejarse: hay que tomar medidas efectivas de carácter preventivo. En este aspecto, sin duda, la irrupción de los nuevos partidos es, al mismo tiempo, un síntoma del hartazgo ciudadano y una posibilidad de mejora y corrección.

En tercer lugar, conviene decir una palabra sobre la posible **reforma constitucional**. Empezamos este editorial aludiendo a los cuarenta años transcurridos tras la muerte de Franco, periodo que coincide con un claro cambio generacional. En este tiempo sólo hemos tenido dos reformas de la Constitución, ambas de carácter puntual: en 1992, para adaptarnos al Tratado de Maastrich en lo referente al ejercicio del derecho de sufragio de los extranjeros en elecciones municipales, y en 2011, reformando el artículo 135 para consagrar el principio de estabilidad presupuestaria. Quizá ha llegado el momento de plantear una reforma constitucional que, evidentemente, debe hacerse con

cuidado y para mejorar lo existente. Podemos distinguir un elemento técnico y otro actitudinal. El primero se refiere a los contenidos, que pueden ser más amplios o más limitados, más clásicos o más innovadores. Se ha propuesto abordar la Jefatura del Estado, el modelo autonómico o federal, la libertad religiosa o el blindaje de los derechos sociales, entre otras cuestiones. Ahora bien, abordar estas cuestiones y otras no mencionadas aquí, requiere considerar el segundo aspecto, referido a las actitudes y al sujeto político capaz de llevarlo adelante: impulsar procesos constituyentes o apuntar a una “nueva transición” exige elaborar consensos con madurez, estabilidad y responsabilidad, tanto por parte de la ciudadanía como por parte de los líderes sociales y políticos. Si no está claro que haya bases suficientes para ello, parece razonable limitarse a reformas bien acotadas por nuestra historia constitucional. Los experimentos conviene hacerlos con gaseosa.

Una cuestión muy importante, que ha dominado buena parte de la legislatura y que seguirá marcando la campaña electoral, se refiere a **Cataluña**. Ya hemos expresado en estas páginas la gravedad de la falta de diálogo institucional constructivo entre los poderes ejecutivos central y autonómico, que ha ido agravando la situación y dejando cada vez menos margen de maniobra. No sólo está en juego el encaje de Cataluña, sino la misma cohesión territorial y el modelo de Estado. Un poco de perspectiva histórica de la España contemporánea nos muestra que estamos ante una cuestión clave para la estabilidad de nuestro proyecto político. Es necesario combinar cuestiones pragmáticas de funcionalidad concreta (duplicidad de competencias, financiación, solidaridad territorial, igualdad de todos los ciudadanos) con otros aspectos relacionados con la cultura y la identidad que, en el fondo, apuntan a la complicadísima cuestión de quién es el sujeto de la soberanía nacional. Aunque cada vez el asunto se hace más difícil, digámoslo una vez más: es imprescindible el diálogo y es posible encontrar fórmulas de acuerdo. Ni las declaraciones unilaterales ni los inmovilismos pueden resolver el problema sino, en todo caso, agudizarlo.

El quinto asunto que queremos mencionar se refiere a la **inmigración**. En este caso, nos encontramos con una situación curiosa: tras

el boom migratorio de la década anterior (1998-2008), las dos últimas legislaturas han ido considerando este asunto con un interés decreciente y casi como una cuestión menor, limitada al control fronterizo. La crisis de los refugiados domina desde hace meses el foco de atención de la opinión pública y, a su vez, el de los responsables políticos. *Razón y fe* también se ha ocupado de ello con relativa frecuencia. Queremos, por tanto, sólo indicar dos cosas: primero, que la experiencia de integración de personas migrantes (unos cinco millones de personas en la década mencionada) nos debe ayudar a situar en sus justos términos la dimensión cuantitativa de las llegadas actuales y nos exige seguir trabajando por crear una sociedad integrada e inclusiva; segundo, que la gravedad de la situación humanitaria en Europa pide una urgente y decidida acción política para facilitar el flujo de los refugiados, junto con una respuesta coordinada y eficaz para favorecer su acogida e integración.

Finalmente, digamos una palabra sobre la **dimensión internacional** de nuestra política. Aún en un contexto global, en el que muchas decisiones relevantes superan el ámbito estatal de decisión (cambio climático, economía financiera, migraciones o justicia global, por mencionar sólo cuatro), no podemos pasar por alto esta dimensión. El papel internacional de España pasa, obviamente, por una titubeante Unión Europea, pero también por cuidar las relaciones con América Latina. Ahora bien, una cosa es eso y otra, muy distinta, sería olvidarnos del papel que el gobierno central debe jugar para orientar la política internacional española, particularmente en un momento en que tenemos un asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (hasta enero de 2017). Sería deseable iniciar una senda para recuperar lo perdido en cooperación internacional, llevando la ayuda oficial al desarrollo al menos hasta el 0,4% del PIB; igualmente, necesitamos compromisos para cumplir con los objetivos de desarrollo sostenible y dar pasos firmes en el terreno ecológico, para frenar el calentamiento global.

### Los tenderos

Es evidente que el sistema electoral español apuesta por la estabilidad institucional y, para ello, se apoya en y refuerza a los partidos mayoritarios. En estas décadas se ha hecho evidente, junto a sus aspectos positivos, las limitaciones y efectos negativos de este sistema. Una buena parte de la ciudadanía se muestra cansada del bipartidismo. La movilización del 15-M respondía a un cierto hartazgo con la situación (“no nos representan”) y la pregunta que ha dominado el análisis sociológico-político de estos años ha sido cómo encontrar cauces para canalizar esa legítima indignación. Más allá de encuestas de opinión y de otros comicios previos, las elecciones generales del 20 de diciembre suponen también, junto a otras cosas, un test sobre el mapa político español y, concretamente, sobre el futuro del bipartidismo. Tras haber hablado del escaparate y de la trastienda, digamos ahora una palabra sobre los actores políticos, los tenderos.

Como en el mundo comercial, también aquí encontramos posiciones dominantes y estables. Serían las grandes superficies comerciales o los tradicionales **partidos mayoritarios**: Partido Popular (PP) y Partido Socialista (PSOE), que se han ido alternando en el poder desde 1982. Ambos están en franco declive pero, curiosamente y a pesar de estar en el gobierno, el PP parece sufrir menos desgaste que los socialistas. El PSOE podría quedarse por debajo de los cien diputados en el Congreso, por primera vez en nuestra democracia, lo cual abre algunas dudas acerca de la estabilidad del conjunto. El tiempo puede jugar a favor del PP, por la sensación de recuperación económica y por el efecto de la declaración de independencia del Parlament catalán. *¿Sabrán los dos grandes partidos estar a la altura de las circunstancias, es decir, pensar en el bien común y no en sus propios intereses partidistas?*

En un mercado cambiante también hay que considerar las iniciativas innovadoras, que pueden lograr amplias cuotas de mercado e incluso llegar a amenazar a las empresas dominantes, en buena parte apoyadas en la venta *online*. Nuestro panorama político ha quedado claramente modificado por la irrupción de dos **partidos emergentes**, Podemos y Ciudadanos. Las elecciones

del 20-D serán la gran y definitiva encuesta de opinión, pero todo parece indicar que, entre ambos, recogerán en torno a un tercio de los votos y cerca de cien diputados. Su papel será imprescindible para formar mayorías de gobierno y deberán jugar un rol muy relevante para impulsar los cambios que reclama la ciudadanía. *¿Sabrán los partidos emergentes dar el paso con responsabilidad desde la calle hasta el Parlamento e, incluso, a las opciones de gobierno constructivas?*

Siguiendo con nuestra metáfora, nos encontramos con las tiendas de barrio; comercios pequeños pero que forman ya parte del paisaje urbano y que ahora se ven amenazados, con el riesgo incluso de llegar a desaparecer. Nos referimos a que podríamos llamar (con un término duro y quizá injusto, pero probablemente ajustado) los **partidos residuales**: Izquierda Unida (IU) y Unión, Progreso y Democracia (UPyD). Han sido durante años una voz crítica frente al bipartidismo y la corrupción, pero se han visto superados por los nuevos aires de cambio. Todavía tienen algo que decir, pero de entrada muestran ya algunos 'avisos para navegantes': la ciudadanía castiga los personalismos excesivos de los líderes y a quienes, aún siendo pequeños, pasan a ser una pieza del engranaje que no funciona como debería. *¿Qué espacio les quedará a los partidos residuales?*

Finalmente, debemos mencionar el mercado de productos autóctonos. Visto el conjunto, su importancia cuantitativa no es enorme, pero sí tienen una contribución relevante desde el punto de vista cualitativo. Tienen amplia penetración en nichos de mercado bien acotados y su clientela muestra una fidelidad nada desdeñable. En el tablero político nos referimos, sin duda, a los **partidos nacionalistas**, particularmente a Convergència Democràtica de Catalunya (CDC) y al Partido Nacionalista Vasco (PNV). Tras las elecciones catalanas de noviembre y en la nueva fase del proceso soberanista, habrá que ver cómo reacciona el electorado catalán en diciembre y, también, debemos estar atentos a los movimientos en el País Vasco. El respeto a las legítimas diferencias debe ir de la mano de la solidaridad interterritorial y de la igualdad de todos los ciudadanos. Como muestra nuestra historia contemporánea, el adecuado encaje del País Vasco y de Cataluña en el conjunto es vital para la estabilidad del proyecto común, que debe ir mucho

más allá de la compra-venta de votos o prerrogativas. *¿Sabrán los grandes partidos nacionalistas tener un sentido de Estado?*

### **Conclusión: volvamos de la tienda al ágora**

Este editorial llegará a los lectores coincidiendo con el inicio oficial de la campaña electoral. Ya hemos dicho que estamos ante unas elecciones trascendentales, porque es mucho lo que está en juego, más allá lo habitual en unos comicios legislativos ordinarios. Por eso, deseamos que se produzca un debate serio y sosegado, que no se quede en el escaparate, la apariencia y el mercadeo de votos. La situación pide que se aborden con rigor las cuestiones de fondo y que los diversos actores, especialmente los partidos políticos, estén a la altura de las circunstancias que vivimos. A los ciudadanos nos toca seguir con atención las cuestiones, los temas y las propuestas, haciendo un ejercicio de discernimiento práctico; nos corresponde participar en la esfera pública, involucrándonos en el ágora deliberativo, hasta donde nos sea posible; sobre nosotros recae el ejercicio responsable del derecho al voto el día 20 de diciembre y nos atañe, finalmente, dar seguimiento y supervisar la acción política después de las elecciones.

Como señaló Hannah Arendt en su obra clásica *La condición humana*, la acción política pasa por el diálogo deliberativo que tiene lugar en el ágora; cosa muy distinta del trabajo que se realiza en el mercado. Es decir, que ser ciudadano en una democracia es más que ser consumidor de eslóganes políticos. Depositar el voto es algo más que elegir un producto en la estantería del supermercado. ■

---

# SALTERRAE

Enrique Sanz Giménez-Rico (ed.)

Cuidar de la Tierra,  
cuidar de los pobres

**Laudato si'**  
*desde la teología y con la ciencia*

  
SALTERRAE

*Presencia  
Teológica*

ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO  
(ED.)

**Cuidar de la Tierra,  
cuidar de los pobres**

*Laudato si' desde  
la teología y con la ciencia*

208 págs.  
P.V.P.: 13,95 €

Es en el marco de la rapidísima difusión y repercusión de la encíclica *Laudato si'* es donde nace *Cuidar de la Tierra, cuidar de los pobres*. Profesores e investigadores de la Facultad de Teología y de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería ICAI, así como colaboradores muy próximos a ambos, todos ellos en viva sintonía con la promoción de la justicia en nombre del evangelio, acordaron preparar esta nueva obra para acercar a sus lectores el saber y la reflexión que realizan a diario, enmarcado esta vez en un texto tan emblemático como es *Laudato si'*.

  
LOYOLA  
GRUPO DE  
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
pedidos@grupocomunicacionloyola.com

---